

Horizontes de la relación de objeto

Saul Paciuk*

Seguramente podemos convenir en que lo que se nombra como “relación de objeto” trajo un giro (y para muchos un aporte fecundo) en el pensamiento y en la práctica del psicoanálisis, un giro de tal entidad que se lo califica como concepto posfreudiano, (Laplanche y Pontalis, 1973), inscripto por lo tanto en el desarrollo de una comprensión cada vez más abarcadora del hecho psicoanalítico.

Al mismo tiempo, en su entorno aparecen dos curiosas ocurrencias. Una: se suele considerar que *relación de objeto* es una expresión oscura a pesar de que con frecuencia se la emplea como si fuera improblemática; otra, que el concepto “relación de objeto” ha sido poco atendido por la literatura psicoanalítica.

Ambas ocurrencias sugieren que es pertinente preguntar qué es lo que se nombra como “relación de objeto” y también si hace falta esa expresión, si hay algo de lo que ella dice que no dicen expresiones más o menos afines. El itinerario de una posible respuesta requeriría precisar lo atinente al objeto y al sujeto y ubicarlos respecto de los modos de darse la alteridad en el arco que se abre entre ser *objeto* y ser *otro* de un *sujeto*.

¿Qué interés puede tener el recorrer este camino? La valoración será variable y dependerá de qué respuesta demos a la pre-

gunta acerca de cómo entendemos el trabajo del psicoanálisis; la relación de objeto importa en tanto el marco del trabajo es la transferencia y la relación analítica es entendida como articulada y expresada en fantasías, en narraciones. En este caso, se asume que en esa relación ni el psicoanalista ni el paciente ni aquellos a quienes el paciente nombra *trabajan* en tanto personajes mundanos, sino en tanto objetos y sujetos, los cuales son estructuraciones parciales y “distorsionadas” respecto de los personajes mundanos. En otros términos, la atención a la relación de objeto se vuelve un concepto y una herramienta necesaria para el trabajo psicoanalítico que propone al analizando una suspensión de su relación conciente y activa con el mundo (la “realidad” propia y ajena) para librar así el acceso a su fantasía. Una distinción que va en el mismo sentido que la que Freud descubre entre la experiencia de la seducción y la seducción que narran sus pacientes, su “histórica”. Se podría decir que así el psicoanalista invita al analizando a que en la sesión ponga entre paréntesis (que no es ni dudar ni negar la “realidad”) su inmersión cotidiana y su prisión en lo mundano.

Cuestión de palabras

Tomemos lo de la oscuridad. Se suele sortear la intransparencia de “relación de objeto” haciendo valer como sinónimos expresiones tales como relación, vínculo, conexión u otro de ese orden, y también se dice “relación *entre* sujeto y objeto” y, más frecuentemente, “relación *con* un objeto”. Por ejemplo, lo hace el Vocabulaire (Laplanche y Pontalis, 1973) en la entrada “Relation d’ object” (relación de objeto), a la que explicita como *relation du sujet avec son monde* (relación del sujeto con su mundo). En el mismo sentido, otro diccionario define relación de objeto como “*relación del sujeto con su entorno*”. (Chemama, R.) Anotemos que si bien relación *con* un objeto es de uso común, relación *de* objeto sólo se usa en el campo del psicoanálisis.

Podemos preguntarnos si efectivamente estamos ante meras

equivalencias. ¿Acaso *relación de* se aclara diciendo *relación con*, o debemos tomar el deslizamiento como un síntoma que encubre algo nuevo? Si la equivalencia fuera total, no habría razones para mantener ambas expresiones, y si no lo fuera se vuelve necesario retomar la oscuridad y atender lo peculiar de “relación de objeto”. Como de esto se trata aquí, intentaremos una primera aproximación considerando el nombre en sus tres términos.

“DE”. - La preposición en este contexto no dice nada de lo mucho que acostumbra decir. Como se sabe, “relación de objeto” traduce una expresión del alemán (*objektbeziehung*) o del inglés (*object relation*), idiomas en los que unir dos sustantivos es una construcción habitual y donde el primer vocablo toma valor de adjetivo.

Balsas (Balsas, H., 2003) recuerda que la construcción que nos ocupa también aparece en expresiones tales como relación de pareja, relación de paciente, relación de padre, agregando que “para el entendimiento cabal de estos sintagmas se requiere su inserción en un contexto o situación.” Según el mismo autor, en “relación de objeto” el complemento de “relación” se constituye como *frase* por reunir una preposición y un sustantivo; advierte que la simple aposición de los dos sustantivos (relación objeto) rechinaría para el hablante castellano y recordaría aberraciones posibles, como serían “sistema estrellas” -*star system*- o “club noche” -*night club*-, y agrega que ello no excluye que ocasionalmente la asociación de sustantivos sea aceptable, como ocurre con *cine verdad*.

Por otro lado, variantes de traducción como “relación objetal”, que es correcta en lo gramatical, son menos empleadas.

“OBJETO”. -El sustantivo “objeto” parecería habilitar una comprensión inmediata. Si seguimos al diccionario Larousse, su principal referencia es alguna “cosa que se ofrece a los sentidos”, pero también es habitual que se diga “objeto de mi amor”, donde objeto habla de “lo que ocupa el espíritu” y suele remitir a una persona. También habla del objeto de una acción, como aquello

sobre lo cual se ejerce una acción o como fin de la misma.

Más en general, lo que se llama objeto remite a ser y a ente mundanos, a todo aquello *que es* en cualesquiera de sus presentaciones: persona, cosa, idea, institución, nosotros mismos, y en lo que sigue habremos de utilizar el vocablo *ente* para referirnos a los objetos mundanos y diferenciarlos de objeto. (Decimos aquí mundano y no real, para evitar las implicaciones que tiene lo que refiere a real y a realidad).

En psicoanálisis el sentido de “objeto” se particulariza y adquiere matices y hace nacer oscuridades metapsicológicas, como ha señalado W. Baranger. (Baranger, 1980). Comenzando porque lo llamado objeto se desdobra y menta tanto el ente (mundano) como el objeto del mundo interno; y el objeto en este segundo ámbito queda descentrado respecto de lo que es el ente, lo cual lleva a que, por ejemplo, el «pecho» de que se habla en psicoanálisis no se identifique con la mama, y a que falo no sea otro nombre del pene.

En efecto, el objeto del mundo interno no es un objeto natural y no lo impone la especie, es histórico (propio de la historia de un sujeto) y por ello arbitrario respecto del objeto natural. Y para complicar más las cosas, ese objeto del mundo interno puede estar encarnado en un ente mundano, en una persona por ejemplo, y puede ser bautizado con el nombre de ésta.

Recordemos que Freud habla de objeto desde los comienzos del psicoanálisis (Freud, 1905) y que a los pocos años (Freud 1915) aplica el nombre al “correlato de la pulsión”, apuntando a lo que anotamos antes como objeto de la acción. Freud distinguió el fin (satisfacción) del objeto (medio). Es al objeto que se dirige la impulsión (en este nombre comprendemos aquí cuánto instiga o puede mover al sujeto: deseo, pulsión, demanda, necesidad, haciendo abstracción de sus obvias diferencias), aquello que se ofrece como oportunidad o medio de realización de su fin.

Este objeto de la impulsión cabalga entre dos mundos, desde que siendo interno puede estar encarnado en un ente; ahora bien, este objeto menta sólo “parte” del ente (geográfica o una función), sólo lo que interesa en vista del cumplimiento del fin, por

lo que el objeto toma aquí un fuerte tinte de objeto parcial, lo que es decir que hay un exceso del ente respecto del objeto. Por esa parcialización (que es una escisión inspirada por la impulsión) es que el objeto puede estar encarnado en una variedad de entes o, para decirlo de otro modo, el objeto como tal es constante -una estructura- mientras que puede ser variable, intercambiable y hasta contingente aquello que lo encarna, la persona. Por ello en lo que atañe al objeto nos tienta el prejuicio de lo mundano, el poner a la persona, al ente, en el lugar del objeto de la relación.

El objeto vive en el mundo interno, es un objeto creado, por lo cual, para saber qué y cómo es el objeto no nos sirve el diccionario. Para saber de ese objeto debemos escuchar o interrogar a aquel para quien ese objeto existe como tal, al llamado “paciente”. Con lo cual ya nos topamos con la evidencia de que lo que estamos llamando objeto sólo es objeto *para* alguien, sólo es el tal objeto en el marco de alguna relación, y relación y objeto comienzan a presentarse como términos fuertemente ligados.

“RELACION”. -Relación habla del *tener que ver* unos entes con otros; es un hecho o dato primario, dado que el ente aislado es más bien una ficción a la cual, en rigor, ni siquiera se le podría dar nombre -es que nombrar o conocer es saber de diferencias, de relaciones.

Las relaciones toman formas diversas: vecindad, adyacencia; actuar sobre o responder a otro ente, afecto, involucramiento, intersección y, en fin, el intercambio.

Quizá la medida más irrenunciable en que un ente pesa en el ser de otro, sea el establecimiento de la igualdad y la diferencia entre ambos. Es la relación lo que funda decir que otro ente es otro (otra cosa, otro sujeto), en la medida en que se hace visible una discontinuidad entre ambos. Es de ese modo también que se hace presente un otro, un no-yo para un yo, vía por la que aparecen lo mío y lo ajeno, gérmenes de lo que serán lo interno y lo externo.

Sin embargo las relaciones (y el objeto) a menudo se consideran como adventicias, secundarias a la pulsión (Bouchard, 1995),

por ejemplo, cuando se sostiene que el ente guarda en sí mismo todo cuanto necesita para ser. A ello apunta, por ejemplo, el concepto de narcisismo: Freud pone el énfasis en lo propio (Freud, 1930) afirmando (con aire cartesiano) que: “Normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí mismo, que el sentimiento de nuestro yo propio.”

Este modo de entender la fuente de la certeza de sí viene de lejos. Platón (en el “*Sofista*”) hablaba de entes que “son únicamente por sí” y de entes que “se hallan siempre en relación con otros”; caracterizar un ente por lo que tiene de diferente o de idéntico respecto de otro sería un ejemplo de este segundo caso. Para Platón no es en la diferenciación que radica el ser de esos entes, puesto que las diferencias serían más bien accidentes. Reafirmando este punto de vista, mil quinientos años después y desde otro ángulo, Avicena sostuvo que: “Todo lo que es tiene una sustancia por la cual es lo que es y por la cual es la necesidad y el ser de lo que es” (Abbagnano, 1961).

El concepto corriente acuerda en que los entes son lo que ya son y los confirma como portadores de un ser propio ya formado, una sustancia a la que reconoce solidez y permanencia. Tratándose de las personas, la permanencia de su ser es un punto en que se reúnen la necesidad de la persona (el querer tener un ser sólido) y la de los demás (que los otros sean previsibles).

El psicoanálisis, en su práctica, se encuentra con el yo propio de alguien -una persona que tiene sus constancias, entre las cuales está su “historia oficial”, reiterada una y otra vez- pero de inmediato invita a la persona a ponerse en suspenso como tal, por ejemplo, asociando libremente, sin buscar coherencias.

En ese nuevo marco ese alguien puede aparecer como sujeto cambiante de relaciones cambiantes y de una historia que se está haciendo y que puede ser rehecha una y otra vez. (Sujeto del cual, y en acuerdo con Husserl, debemos decir que “se constituye para sí mismo en la unidad de su “historia””, unidad -se diría que mítica, porque el sujeto nunca tiene una aprehensión definitiva, total, acabada, de sí mismo- que nunca deja de ser precaria y expuesta en cada relación, y es de esto, de la posibilidad de rehacer su histo-

ria, de lo que trata la “cura” psicoanalítica.)

A partir de dar por sustancial al yo propio se pueden valorar las relaciones como alejadas de lo central del ser propio, como adventicias, y valorar al objeto como contingente; en consecuencia, y yendo en la dirección del atomismo, se puede suponer una vida fuera de las relaciones y la socialidad puede ser tomada como un aglomerado. Es posible llegar al extremo de hallar etapas caracterizadas por lo anobjetal y enmarcadas en un narcisismo considerado como primario, en el sentido de primero y en el sentido de primordial, organizador del yo. (Freud, S. 1914).

Todo lleva a pensar que merecen ser revisados los conceptos que hablan de lo secundario de la relación.

Centralidad de la relación

La afirmación de la centralidad de la relación -y por lo tanto del objeto- es lo que caracteriza al movimiento general del pensamiento contemporáneo, habiendo decaído el interés por el concepto del ser por sí o sus derivaciones antropológicas, el atomismo (los sujetos tienen existencia estando aislados), el solipsismo (la propia existencia tiene un valor que el sujeto no le reconoce a las demás: ellas sólo son “mis ideas”).

En particular la fenomenología realizó un decidido reconocimiento de la relevancia de la relación. Afirmó que conciencia es siempre conciencia de algo, que toda conciencia tiene -y habla de- un objeto. Pero dice más, dice que la conciencia sólo sabe de sí por el objeto: no hay una aprehensión inmediata de sí sino que los objetos le enseñan lo que el sujeto puede saber de sí -y también y a la vez, de ellos (Merleau Ponty, M. 1945). El sujeto conoce a partir de cómo eso otro -fundamentalmente ente, cosa mundana- lo hace sentir, por el *cómo hace que se sienta en su presencia*.

En favor de la hipótesis que afirma la centralidad de la relación, y desde otra perspectiva, argumentará Heidegger en estos términos: “La esencia de este ente -o sea del ‘ser ahí’ del hombre-

está en su ‘ser relativamente a’. El ‘qué es (*essentia*) de este ente (...) tiene que concebirse partiendo de su ser (*existentia*)’”. (Heidegger, M.1927, par. 9) Siguiendo a este autor, habría que hablar de la primacía de la coexistencia con otros, del *mitsein*, de la relación por lo tanto.

Viniendo más acá, en el psicoanálisis lo que conceptualizamos como contratransferencia (cómo me hace sentir el objeto) ejemplifica el valor decisivo de la relación.

Estos avances nos ofrecen una vía de entrada a la discusión del concepto de relación de objeto.

Relación de objeto

Se puede decir que el psicoanálisis afirma la preeminencia de la relación desde el momento en que sostiene que el sujeto requiere de un objeto para alcanzar sus fines, aseverando incluso que ese objeto podría ser tanto uno mundano como uno imaginario, como ocurre en la satisfacción alucinatoria. Freud ocasionalmente llega más lejos, como cuando dice que “En la vida anímica del individuo el otro cuenta con total regularidad (...) y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato pero enteramente legítimo.” (Freud, S. 1920)

No obstante ello, Freud también habló de un narcisismo primario (Freud, S. 1914) y también sostuvo la existencia de un estadio anobjetal (Freud, S. 1905), (aun cuando señale que el sujeto podía tomarse a sí mismo -narcisismo- o a su cuerpo -autoerotismo- como objeto).

Quizá nos ayude el atender las diferencias en cuanto al objeto, al sujeto y a la relación, dado que pueden estar en juego conceptos diferentes a pesar de recibir un mismo nombre.

Hay diferencias acerca de qué se considera “objeto”. El objeto al que remite Freud (y también buena parte de los autores psicoanalíticos) es el objeto mundano, sea el ente -persona, cosa u otro; pero al lado de esta residencia del objeto el psicoanálisis

considera otra, el mundo interno, con relación al cual “objeto” es entendido como lo que tiene *lugar* de objeto en la relación, lugar por su función, la de ocasión de que se cumpla un cierto fin.

También hay diferencias en cuanto al sujeto. En particular la consideración quizá más típica entre las que propone Freud (sujeto volcado a cumplir con las demandas de sus impulsiones) fue radicalmente discutida por Fairbairn (Fairbairn, W.R. 1944). Para el olvidado psicoanalista escocés la impulsión orientada a calmar tensiones internas es, antes que nada, *buscadora de objetos*, por lo que ella (y el sujeto) apetece la relación, a lo que Klein agregará que la relación no es ocasional, sino consubstancial al sujeto.

Por último se hace necesario *diferenciar entre modos de relación*. Expresiones como vínculo o relación (hablando de relación *entre o con*) apuntan a intersecciones entre sujeto y objeto mundanos. Por ejemplo, acerca de *vínculo*, se dice que “es una organización inconciente constituida por dos polos (dos yoes, descrito desde un observador virtual, o un yo y un otro, visto desde sí mismo) y un conector o intermediario que los liga.” (Pachuk, C. Friedler, R. 1998)

¿Cuál es entonces el valor de la relación?

Algunos autores recuerdan la diferencia conceptual (Moguilansky, R. 1996; Merea, C. 1998) entre vínculo y relación de objeto y plantean que la primera habla de relaciones interpersonales (es decir, mundanas), mientras que la relación de objeto habla de relaciones intrapsíquicas, las que transcurren como fantasías inconcientes propias del mundo interno.

Pero cualquiera sea el plano que podamos atender, el mundano o el interno, todo sujeto forma un par con algún objeto - mundano, imaginario, o como sea- y si hay algo como un yo es porque hay algún no-yo, y el hecho de la centralidad de la relación parece incuestionable.

Ahora bien, mientras el término “relación” (o vínculo, o relación con) habla de intersección *entre* dos actores ya definidos y unidos por un conector, **“relación de objeto”** *menta el todo, a partir del cual sujeto y objeto toman definición* (y, como veremos, todavía se puede ir más lejos y sostener que el ser de cada

uno se gesta en la relación de objeto). Se establece así una fuerte diferencia entre considerar un ser ya hecho que interviene en una relación y un ser que sólo se define en una relación -al modo de lo que se anotó antes respecto de la percepción.

Si bien es cierto que los sujetos llegan a la relación de objeto con *algo*, “una” historia -que llega a ser una entre las varias que pueden armar-, con un cierto *dado*, este *dado* no es sino virtualidad y sólo se define al cobrar actualidad (lo transferido) y sólo se actualiza cursando relaciones de objeto. (Parafraseando a Croce, en psicoanálisis también toda historia es historia contemporánea.)

Es claro también que una relación de objeto actual no agota el ser de cada uno.

La persona en que encarna el sujeto (ser escindido, como veremos) no puede participar entera en cada relación, ella excede lo que pone en juego en la relación actual; pero ese exceso de ser queda posicionado de un cierto modo respecto de la relación actual: como lo excluido (que alude al tercero) y como posibilidad de retoma.

En ese ámbito resulta que al ser del sujeto le es esencial el objeto: aquel no sabe de sí fuera de alguna forma de relación -imaginaria o real- y esta coexistencia es tan radical que Melanie Klein sostiene (Klein, M., 1948) que las relaciones de objeto existen desde el comienzo de la vida, desde que hay algo que llamamos humano, y que persisten a lo largo de la existencia de algo que llamamos humano.

El lugar del objeto

En los vaivenes que presenta la historia del psicoanálisis puede anotarse que la noción de objeto había cobrado también otro relieve en sus comienzos, a partir de que Freud des-encubriera la transferencia: el analista aceptaba encarnar el objeto del paciente y no ser, para el paciente, quien el analista creía ser “realmente”; reconocía que hay un *malentendido* que lleva a que el paciente tenga una “percepción deformada” del analista a quien configura

como objeto, y tal objeto deviene lo “real” para el paciente. Freud reconoció que no debía “corregir” ese malentendido, sino más bien dejarlo ser para poder comprenderlo en la vida del paciente, y lo hizo tomándolo como reedición de algo ya vivido.

El texto “Duelo y Melancolía” marcó otro paso hacia el reconocimiento del valor central del objeto en la definición de sí del sujeto. En el duelo tienen un lugar privilegiado las identificaciones del sujeto con sus objetos; el objeto perdido es restablecido en el yo, “alterando” el cómo era el yo antes de ese restablecimiento. Freud sigue por este camino con el énfasis en el super yo, que instituye en la interioridad los objetos edípicos abandonados, y aun cuando estos mantengan dentro del sujeto cierta ajenez (por lo que el super yo se puede oponer al yo), ellos contribuyen a la forma que toma el yo.

Freud utiliza muy contadas veces la expresión “relación de objeto” (Malestar en la cultura y Sobre la sexualidad femenina) (Freud, S. 1930, Freud S. 1931) y más bien tiene en vista lo que podemos llamar relaciones *con* un objeto, ya que ambos, el sujeto (que sabe qué es lo que lo mueve, qué quiere obtener para que algo se modifique en él) y el objeto (definido por su capacidad “objetiva” de satisfacer el requerimiento del sujeto) aparecen con un ser propio, definido antes de la relación.

Fue en Budapest, hacia fines de la década de los años 20, y en torno a Ferenczi, Balint y otros, que comenzó a desarrollarse el concepto relación de objeto, el cual adquirió importancia creciente en particular en el ámbito de la llamada “Escuela inglesa” que la orientación kleiniana integró. Este desarrollo fue paralelo al que ocurría en el panorama general de las ideas, como señalamos antes.

El objeto *configurado*

Ingresemos a la sesión de psicoanálisis. El sujeto cuenta cuanto le pasa, y lo que le pasa se articula como ocurriéndole con objetos, los que suelen estar encarnados por -y estar bautizados

con el nombre de- personas, las que son el soporte del objeto, como lo es el analista en el caso de la transferencia. Por lo tanto, lo que dice del objeto no lo está afirmando acerca de un personaje mundano, sino de una creación del sujeto.

¿Qué sabemos de esos objetos y cómo lo sabemos? Pues *sólo* por la presentación que de ellos hace el sujeto: él los configura y lo hace *para* el analista, tan *para* que hasta procura *convencerlo* alegando pruebas de que ellos son *realmente* tal como los presenta.

Por principio (porque no nos corresponde tomar el lugar de quien intenta una observación objetiva ni dictaminar), ni sabemos ni averiguamos y más bien nos perturba conocer la persona en quien se encarna el objeto, ni interesa lo que un tercero nos diga de ella o lo que ella diga de sí. Nos interesa en cambio lo que el sujeto dice, su fantasía -que no es “deformación de la realidad” sino modo de presencia real en su mundo privado- y tomamos su presentación del objeto como una *configuración* hecha por el sujeto, la que dota al objeto de ciertas cualidades o condiciones, y asumimos que la cantera de la que han sido tomados esos rasgos es lo propio del sujeto: es una configuración hecha por atribución, por proyección. Pueden ser rasgos que el sujeto no admite como propios, y en ese caso el objeto y el sujeto se configuran como opuestos (el sujeto como no teniendo lo que encuentra en el objeto).

Sabemos que este objeto es por varias vías una *parte*, que hay aquí una doble escisión (lo que el sujeto escinde de sí y proyecta, y lo que escinde de la persona para configurarla como objeto). El objeto resulta ser a un tiempo la total ajenidad y la total identidad con el sujeto, pero para el sujeto esta tarea de configuración es inconciente y defiende su resultado rechazando (resistencia) saber (integrar, hacer conciencia) otra cosa acerca del objeto, y de sí mismo. Desde que lo hallado en el objeto es lo propio, decimos que tiene lugar una *relación espejada* (Paciuk, S. 1977).

Que se trate de una proyección no obsta a que ciertas cualidades que el sujeto presenta como del objeto puedan, para un observador, estar presentes también en la persona que encarna al

objeto: la operación de la proyección no desaparece, puesto que es diferente cómo encaran la situación un observador y el sujeto. Por ejemplo, la proyección existe cuando frente a un rasgo del objeto el sujeto se ocupa de definirlo y mantenerlo, y ese rasgo funda un marco denigratorio para la relación, o lleva a entablar una relación que toma la forma de la persecución, en la que el sujeto se constituye como víctima que denuncia -combate- al perseguidor.

Me permito presentar un breve ejemplo de esta situación en palabras de una paciente: “Hace poco fue la primera vez que me di cuenta que yo estaba celosa de alguien. Fue con una amiga, a la que siempre critiqué por ser celosa. Antes estaba segura de que nunca sentí celos. Es feo, no me gusta tener ataque de celos. Me da rabia, bronca. Me pongo histérica y reclamo todo. No me gusta que ella tenga más amigos que yo, o más nada que yo. Me hace sentir mal reclamar por una pelotudez así, que si me la reclaman a mí, yo me enojo”.

Hasta aquí hemos considerado un momento de lo que Melanie Klein (Klein, M. 1948) describió como el proceso de la posición esquizo paranoide, por hacer particularmente visible la textura de la relación de objeto; al servicio de esa visibilidad de la estructura de la relación hemos dejado de lado otros elementos que integran la posición -angustias, defensas, etc.-, si bien corresponde anotar que la estructura esquizo-paranoide sólo se vuelve visible desde una perspectiva de posición depresiva (el “darse cuenta” de la paciente).

El objeto *constituído*

Recapitulemos. Hablamos de proyección y de objetos y también de personas definidas por un sí mismo o un ser propio que la proyección, activamente, des-conoce. Ahora varios de estos conceptos son puestos en cuestión por la formulación del concepto de identificación proyectiva (Klein, M. 1946), el que nos lleva más allá de la proyección conceptualizando otra modalidad de

relación de objeto, una que pone el acento en la *realización* y que se sustenta en la fantasía del sujeto de “entrar” en el objeto controlándolo al punto de dar lugar a la fantasía de ser su *hacedor*. De tal modo pasa a residir en el sujeto la condición de la realidad del objeto: el sujeto se vive como habiendo predeterminado las posibilidades e imposibilidades de ser (lo que será, lo que no podrá ser) del objeto. En otros términos, diremos que el sujeto *constituye* al objeto.

La creación del concepto de identificación proyectiva representa un cambio de paradigma: para el sujeto aquello que es el objeto pasa a ser su factura, un arte-facto. Mientras en la proyección lo afirmado acerca del objeto puede quedar en el “pienso”, la identificación proyectiva se instala en el “hecho”. Mientras en la proyección el ente en que se encarna el objeto oficia como superficie, como siendo un maniquí del que el sujeto cuelga un disfraz, en la identificación proyectiva se trata de un objeto que tiene “interior”, el que es ocupado y colonizado por el sujeto. Es decir, la identificación proyectiva recuerda que en la relación de objeto se presume que en el objeto anida en silencio *algo diferente* de aquello que el sujeto asegura que es lo propio del objeto, algo a lo cual el sujeto intenta desterrar y sustituir por un ser en correspondencia con él.

Pero obsérvese que estamos hablando ya de un “interior” en el objeto, con lo cual se está estableciendo un puente con otro sujeto que estaría existiendo en el lugar del tenido como objeto.

Si la identificación proyectiva “hace” al objeto ¿cómo ocurre este acto de magia?

¿Cuál puede ser el asiento de esta fantasía de hechicería? Diremos que lo son las palabras y el trato al objeto, cabalgando sobre el afecto que es la atmósfera en que transcurre la vida humana. (Paciuk, S. 1984)

Relación habla de un sujeto afectable por otro y que también puede, a su vez, afectar a otro. ¿Cómo es esa afectividad?

En el contexto clásico, el afecto presenta a un sujeto en contacto sufrido con el mundo; y mundo nombra lo capaz de afectar, sean personas o cosas. Lo afectivo resultó así ser la parte de la

respuesta (relación por lo tanto) que se manifiesta como fantasía que da cuenta de un clima interior, cuyo tono en ciertos momentos de la obra de Freud se ubica en la escala placer-displacer y es el correlato de la intensidad de los estímulos.

Pero el afecto no sólo se hace eco de actos de otros sino que, sobre todo, aparece anunciando el sesgo de la situación que se vive; por ejemplo, insinúa intenciones o aquello que puede sobrevenir. El afecto *da a entender* acerca de lo amenazante y lo favorecedor, da al sujeto un conocimiento que toma la forma de fantasía, e instala una segunda clasificación, ahora en la escala del amor-odio.

Partimos del afecto que es efecto sufrido por un sujeto pasivo y debemos ver que la acción sufrida a su vez *mueve* al sujeto, es e-moción: un cambio en el mundo incita a un cambio (angustia) en el sujeto (le recuerda que es afectable, blanco de vicisitudes que no domina); cambio que a su turno incitará a que el sujeto promueva un cambio en otros sujetos, o en el mundo. El afecto hace al sujeto agente y anuncia la dirección que tomará su acción: amar no es constatar un sentimiento, sino anunciar que el actor habrá de alentar en sí mismo aquello que lo hará amable a los ojos del objeto y es así que se pro-moverá en el objeto amor hacia el actor (en términos de Freud, lo carga, lo inviste).

Por supuesto, se trata de pro-mociones (que ofrecen opciones) y no de reflejos ni de causas y efectos; se trata de dar al otro motivos para moverse en la dirección que pro-pone (que pone delante o dentro del otro) el sujeto.

Confundida con el afecto, la identificación proyectiva promociona en el objeto modalidades de ser y de relacionamiento, sentidos para el curso de la relación. Pero debe tenerse en cuenta que lo que el sujeto mociona en el objeto es hasta cierto punto ambiguo, que presenta opciones y que sólo llega a tener definición por la respuesta del objeto; respondiendo el objeto “elige” qué y cómo lo afecta.

Es pertinente retomar ahora el hecho de que la identificación proyectiva tiene en vista y se dirige a un “interior” del objeto, interior definido por ser lo que el sujeto no posee; lo es para decir

que con ello la teoría está reconociendo que el objeto deja de ser pura exterioridad. Con este giro el sujeto aparece como que no accede a *todo* el objeto y como saturado por la sospecha acerca de qué se guarda el objeto. La identificación proyectiva supone intentar que se ilumine ese interior, meta a la que puede llegar por el control y la constitución. Pero es más aun, la misma identificación proyectiva se ocupa de hallar las confirmaciones acerca de que esa iluminación se logró y las obtiene por una doble vía, promoviendo una forma de ser confirmatoria en el objeto y desalentando o excluyendo (negación) cuanto pudiera desmentir o cuestionar el ser que el sujeto “introduce” en el objeto.

La identificación proyectiva ahuyenta esa sombra de un interior desafiante, ahuyenta el para sí del objeto, para sí que a un tiempo oculta al tercero y que niega la negación que lo hace objeto, con lo cual el objeto se des-encubre como *otro* del sujeto y coloca al sujeto ante la relación edípica (temprana, permanente), entorno de toda la situación.

De modo que en este marco esquizo paranoide la presunción de un interior en el objeto desemboca en acentuar la necesidad de *ocupar* al objeto, de hacerlo plenamente objeto. Lo cual puede ser un buen argumento para comprender la relación de objeto típica de la posición esquizo paranoide como estructurada en torno a la identificación proyectiva y no a la proyección.

El objeto aparece ahora como un sujeto cuya condición de sujeto -su interior- es ahogada y en el análisis del sujeto surge que el modo de ser el objeto (que suele motivar su queja) es el que busca, apetece, necesita, conviene al sujeto (para satisfacer su impulsión o para trabajar su angustia).

Pero además, por la misma vía por la que constituye al objeto, el sujeto se constituye a sí mismo, por cuanto se dedicará a cumplir con su tarea de hechicero, creando un cierto objeto, y luego viviendo para mantenerlo como ese tal objeto.

Pero preso de esta dialéctica, ¿qué especie de sujeto resulta ser este que vive para el objeto? ¿No habíamos partido de la situación inversa, en que el objeto vivía para el sujeto soberano?

El sujeto es un objeto

En este recorrido hemos dejado en la sombra a ése que está en tratos con el objeto, al sujeto de la relación de objeto. Vayamos a su rescate retomando la cuestión relativa a con qué versión del psicoanálisis trabajamos, porque en lo que atañe al sujeto también nos acosa el prejuicio de lo mundano que nos inclina a poner a la persona, al ente, en el lugar del sujeto (de la fantasía, de la relación de objeto). Así como lo llamado objeto se desdobla, así también pasa con lo llamado sujeto y el sujeto mundano no equivale al sujeto del mundo interno. Hablamos de sujeto del mundo interno y no de persona, sujeto mundano; este sujeto está descenrado y es parcial respecto de la persona y ya en este sentido el sujeto del mundo interno es un objeto.

Privilegiamos al sujeto cuando en el análisis tomamos su punto de vista, y lo hacemos porque en el psicoanálisis interesa verlo en cuanto actor de su peripecia, no en cuanto mero destinatario o producto de las acciones de otros, hipótesis que es precisamente la que el paciente trae y que se articula en una historia en la cual dice -y él entiende que prueba- que lo que le pasa es el resultado de lo que le hicieron o le hacen.

Recordemos que Freud no presenta al yo como totalidad sino como escindido, y que en una relación lo que entra en juego del sujeto es siempre una parte en relación con un mítico todo.

Pero, ¿es correcto decirlo de ese modo? Ese modo no tiene en cuenta los hechos, porque, en un sentido, tanto objeto como sujeto son totales en cada momento de la relación de objeto; ellos son lo que están siendo.

Es decir, son totales de hecho, pero al mismo tiempo son parciales de derecho: son parciales para un observador, para el sujeto en otro momento, o cotejados con la persona en quien se encarnan. Ser parciales significa que "exceden" lo que entra en juego en una relación: ambos tienen en reserva otras relaciones en las que participan, contemporáneamente o no, y en las que juegan otros aspectos de su ser.

De modo que, al igual que en el objeto, el cómo resulta ser el

ser del sujeto de la relación de objeto se define por lo que de él - la parte- se juega en la relación.

Conviene anotar aquí que el ser parcial no tiene la misma significación en la percepción y en la relación de objeto: mientras lo que excede la actualidad es accesible en la primera, en la segunda el acceso a lo que está más allá de la “parte” del sujeto o el objeto está trabado por la “defensa”.

Pero... El objeto objeta

De modo que el sujeto, en ejercicio de su *soberanía*, puede negar en el objeto lo que lo revelaría como otro sujeto.

Ante un abordaje que atendiera “el problema del otro”, el objeto representaría a un sujeto degradado, negado -no reconocido- en su condición de sujeto, ignorado en su esencial alteridad; y en relación a esto parecen encontrarse dos puntos de vista diferentes. Desde el ángulo de la relación de objeto, el sujeto pretende imponerle que sea un mero “funcionario” vivo para cumplir su tarea y muerto para toda otra vida; (Paciuk, S. 1984 b) para el punto de vista que sostiene que el psiquismo se orienta hacia el placer, se presenta al objeto como lo que sería capaz de ofrecer al sujeto la ocasión de esa completa satisfacción (mítica e irrealizable).

¿Negación hasta qué punto? La relación de objeto vive en una angustia -una tensión, una angostura- que se despliega entre la meta y el logro, entre el haber *hecho un objeto* y lo que hay de sujeto en el objeto, lo que ha sido escindido y negado por el sujeto -que, por lo tanto, subsiste y pugna por volver y que de continuo el sujeto debe alejar.

La tensión recuerda que el objeto mantiene vivas sus raíces y que le es inherente la condición de objetar por la cual, para el sujeto, el objeto guarda la capacidad de negarse al requerimiento del sujeto sea en cantidad, calidad u oportunidad. Pero lo que angustia no es la falta del alimento, sino que esa falta haga patente que el objeto sigue siendo sujeto.

De modo que el objeto “contiene”, mantiene latente un irrenunciabile desacuerdo -el conflicto- con el sujeto manifestado como angustia. Precisamente, en la raíz del vocablo “objeto” está el que sea lo que objeta, ser el no-yo del sujeto, ser lo arrojado delante del sujeto, aquello con lo cual el sujeto tropieza (en el sentido del *Gegenstand* del alemán): enfrenta al sujeto en lo que guarda de objetor y de obstáculo, pero en ello es que también anida en el objeto su condición de sujeto.

Por otro lado, que el objeto pueda aparecer como del todo complaciente y acordar a la perfección con lo que le requiere el sujeto -siendo dócil ante su demanda voraz- no deja de ser una simplificación. Precisamente porque el objeto es el resultado de haber sido *hecho objeto*, el sujeto no tiene certeza acerca de si ha obtenido el total de la satisfacción esperada (vaciar al objeto, hacer que entregue todo), y si la tuviera, para el sujeto ello no dejaría de entrañar una cierta violencia al objeto desde que éste podría no acordar con el vaciamiento.

En otros términos, deberíamos decir que mientras el sujeto pretende que el objeto sea solo *para-el-sujeto*, en el objeto permanece un *para-sí* (un marco edípico) que anuncia un *para otro*; hay un sujeto que es *otro*. El sujeto lo barrunta y por ello la negación del sujeto que anida en el objeto es una tarea permanente, no un acto que se cumple de una vez, y a esa tarea el sujeto debe dedicar parte de su propia vida. El sujeto se convierte así en un objeto del objeto, es decir, del sujeto que en alguna medida se convirtió en el objeto que el sujeto pretende.

Hemos recorrido un sinuoso camino que nos ha llevado desde considerar un objeto que se define como tal *sólo* por satisfacer el requerimiento del sujeto, a un objeto que para el sujeto se define como tal en la medida en que está *solo*.

Concluyendo, objeto resulta ser una primera forma de presencia del otro, un otro a quien la ley del sujeto impone ser sólo para el sujeto, objeto cuyo para-sí y cuyo para-otro son negados y que por lo tanto está privado del tercero, de lo que lo instituye como sujeto, como otro. A pesar de ello, es claro que este objeto nunca deja de entrañar un otro y que se podrá revelar como

alteridad -como negándose al sujeto, por ejemplo- en lo esquizo paranoide, o como objeto “total” -lo que entre otras cosas significa “unido al tercero”- en la posición depresiva.

Volviendo a la cuestión planteada al comienzo de este trabajo relativa a con qué versión del psicoanálisis trabajamos, digamos que al diferenciar objeto y persona no se trata de expulsar del psicoanálisis a la persona, sino de descubrir cómo el sujeto y el objeto pueden devenir alteridades en el marco del proceso de las relaciones de objeto.

Queda para el psicoanálisis lo que resta de la tarea: el proceso de integración del sujeto (superación de las escisiones) y de sus relaciones de objeto en el sujeto mundano. Una tarea de edificación de la persona.

De objeto a sujeto

En las consideraciones acerca de la relación de objeto hemos partido de un objeto parcial, configurado o constituido por el sujeto y que debía ser puro objeto, sin trazas de un otro, de un sujeto. Pero lo que hemos ido encontrando es que cualquiera fuera nuestro acceso al objeto, este aparecía “contaminado” por *contener* un sujeto y, lo que le es concomitante como sujeto, un tercero. Y que el trabajo de escisión y negación de esta alteridad imponía al sujeto una fuerte renuncia a su propio ser como sujeto. Todo un juego de espejos.

La relación de objeto pone en evidencia que el acceso a la alteridad no se da de entrada y en bloque, sino que reconoce pasos y matices que se pueden ordenar en un proceso en el que podemos reconocer los momentos que Klein (Klein, M. 1948) llamó posiciones. Y pone en evidencia también que la alteridad no está al final de un camino sino que esos pasos “anteriores” a su reconocimiento en lo que el sujeto tiene por objeto, muestra ya las formas de presencia y relación con la alteridad.

Entre sujetos hay unidad y hay diferencia, el objeto es otro y es como el sujeto. El término otro tiene dos vertientes: analogía

(otra cosa, más de lo mismo) y diferencia (otro como yo, pero divergente, ya que toma otro camino) y es otro a partir de ser reconocido.

En todo este planteo el otro -manifestado como objeto o como sujeto- aparece como *condición* de la propia vida, en una relación de inherencia, y la historia de sus relaciones de objeto es su propia historia. El otro, la alteridad, es aquel por cuyo motivo toma cuerpo cada uno, por lo cual la relación de objeto reconoce e instaura, en el campo del psicoanálisis, una dimensión social del ser que, como se recordó antes, había sido reconocida por Freud. (Freud, S. 1920).

Así, pues, lo que llamamos objeto concreta una de las formas de presentarse o ser tomado el otro por parte del sujeto, y el proceso que allí se inicia (centrado en la escisión y en la integración) puede llevar a otro momento, en que el objeto es reconocido como alteridad y el sujeto espera del otro igual reconocimiento, de modo que puede hablarse de un proceso que lleva de objeto a sujeto en ambos.

Comprender en una teoría

¿Atomismo? ¿Relación? ¿Vínculo? ¿Relación de objeto? ¿Relación de objeto desde cuándo? ¿Se trata de “realidades” o de estructuras de la comprensión? En todo caso, todas estas opciones, en principio contradictorias, parecen estar vigentes en el campo del psicoanálisis.

Páginas atrás se señaló que mientras Freud postulaba un narcisismo primario y la ausencia de objeto (y de relación de objeto) en cierto período -inicial- de la vida, Klein era enfática al sostener que: “La hipótesis de que las primeras experiencias del lactante con el alimento y la presencia de la madre inician una relación de objeto con ella, es uno de los conceptos básicos presentados en este libro.” (Klein, M. 1952, pág 178). Yendo un poco más lejos, digamos que “relación de objeto” representa un sistema de comprensión abierto al hecho del otro frente a lo cual el aparato psí-

quico freudiano en tanto centrado en la impulsión, aparece como un sistema cerrado a la alteridad (o apuntando sólo a una de sus formas, el objeto de la pulsión).

¿Qué valor debemos dar a estas discrepancias?

Podríamos aventurar una primera respuesta diciendo que en el plano de la teoría, parecen estar en juego diferentes antropologías (Paciuk, S. 1981, 1985). La afirmación del narcisismo como primario parece responder a una tradición de pensamiento atomista, una hipótesis que muestra puntos cuestionables. Uno de ellos podría formularse así: si se sostiene que el objeto no está desde un comienzo, será muy difícil explicitar qué es lo que puede llevar a que el objeto ingrese luego a la vida del sujeto y cómo puede hacerlo.

Desde otro ángulo, y si lo anobjetal se refiere al objeto mundano, la hipótesis contradice los hechos, ya que precisamente son el recién nacido y el bebé quienes más dependen y necesitan perentoriamente de otros -dada su incapacidad para sobrevivir sin su auxilio- y para ellos el objeto, la relación, es todo. Además ¿la pulsión *sabe* qué es lo que demanda antes de ser satisfecha? ¿No es acaso a partir de la experiencia de satisfacción que ella puede definirse?

El punto de vista de Klein abona en el sentido de considerar como concomitantes lo que llamamos sujeto, una vida humana, y sus relaciones de objeto. Sostener que hay relaciones desde el comienzo de la vida ¿acaso no equivale a decir que las hay *siempre*?

Pero entonces ¿debe hablarse de dos psicoanálisis, el que atiende las relaciones de objeto y el “centrado en el individuo aislado”? (Chemama, R.).

Digamos primero que es un mismo psicoanálisis, de lo que el individuo tiene de inaccesible para sí mismo, sus fantasías inconcientes, su mundo interno.

Segundo, que si bien como teorías las diversas concepciones mencionadas pueden ser vistas como excluyentes entre sí, una consideración detenida nos muestra que el atomismo (o lo anobjetal) hablan del objeto mundano (la persona), y que el

atomismo también puede ser considerado como un momento sostenido por la fantasía de prescindir del objeto de modo que tras la (aparente) ausencia de objeto mundano, en la trama inconciente tiene lugar una relación de objeto que es “defensa” y ataque, en la cual el objeto mundano es repudiado.

Desde este punto de vista, diríamos que las formas del atomismo se comprenden en lo esquizo paranoide (Klein, M. 1952) como relación de objeto, y que esta permite también comprender en otro marco la impulsividad. Así, por ejemplo, la voracidad puede ser vista como expresión de una fuerza interna redoblada, o bien, en el marco de la relación de objeto, como un intento de solución a un conflicto y a su ansiedad, solución que procura la posesión ilimitada del objeto vaciando su “interior”, lo oculto; de modo que el objeto no tenga para sí y que no sea de otro. Ello supone que el conflicto -la ansiedad- que se “soluciona” es la fantasía en la cual el objeto puede tener a un tercero (situación edípica); un camino que lleva a ubicar la situación en el campo de la envidia.

Pero de una forma u otra y como vimos antes, ese interior del objeto está siempre presente. Ni el recorte (esquizo) que configura al objeto, ni la ocupación que constituye al objeto son exitosas; siempre dejan lugar a la sospecha (paranoide) acerca de que en el objeto anida un otro, y que lo pretendido como objeto se une a un tercero -tercero que es precisamente aquel por el cual el tal objeto se rescata como otro.

La peculiaridad de la relación de objeto como estructura de comprensión, consiste en que incluye al sujeto y a sus objetos en una historia, una narración, a la que llamamos fantasía, que muestra los momentos del proceso dialéctico que siguen las relaciones de objeto.

Y bien, volviendo al inicio de este trabajo, es precisamente por ofrecer una comprensión mas abarcadora que decimos que la hipótesis que afirma la centralidad del objeto y la validez de la relación de objeto como estructuras de la comprensión aparecen como un momento particularmente significativo en el desarrollo del psicoanálisis.

Resumen

¿Qué implica “relación de objeto”? No habla de “relación con un objeto”, ni de personas en relación, sino que es coextensivo con lo “humano”: y dice que sujeto supone objeto. Ambos son parciales (escindidos) y cambian tanto como la relación de objeto en la que se involucran y hasta se puede decir que la relación los “genera”. La escisión en el objeto (escisión de su apertura a un tercero) niega su condición de sujeto; pero el objeto objeta al sujeto y nunca se pierde el misterio de su “interior” y en la tarea de aclararlo haciéndolo objeto el sujeto gasta su vida y se vuelve objeto del objeto. Lo pulsional (y el atomismo) y la relación de objeto pueden entenderse como antropologías excluyentes o bien como que una es un caso particular de relación de objeto. Ello nos pone frente a los niveles de la comprensión, resultando la relación de objeto una más abarcadora.

Summary

Horizons on object relation

Saúl Paciuk

What does “object relation” involve? It does not imply the “relation with an object” nor persons in a relationship. It is applied to humanity and refers to the idea that “subject” includes an “object”.

They are both partial(both are split) and both change as much as the object relation in which they take part. We can even say that the relation creates them.

The splitting of the object (splitting of its opening up to a third one) denies its condition as a subject; but the object objects the subject and never misses the mystery of its “inside”. And while clarifying it by making it an object, the subject consumes its life and becomes object of the object.

The drive (and atomism) and object relation can be understood as excluding anthropologies, or as one being a special case

of object relation. This faces us to the levels of understanding and in this way object relation becomes widespread.

Descriptores: **RELACIÓN DE OBJETO / OBJETO /
SUJETO / OBJETO INTERNO /
OBJETO EXTERNO / MUNDO
INTERNO /**

Bibliografía

- ABBAGNANO, N. (1961).- *Diccionario de filosofía*. México, F.C.E. 1998
- BALSAS, H.- *Aposición de sustantivos*. Inédito.
- BARANGER, W.y cols. (1980).- *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- BIENVENUE, J. P. (1995).- La relation d'object et la rencontre analytique. *Trans, Revue de Psychanalyse*, Eté 1995.
- BOUCHARD, M-A. (1995).- La relation d'object et la structure psychique. *Trans, Revue de Psychanalyse*, Eté, 1995.
- CHEMAMA, R.- *Diccionario del psicoanálisis*. Bs. Aires. Amorrortu editores, s.f.
- ETCHEGOYEN, H. (1985).- Las vicisitudes de la identificación. En: *Libro anual del psicoanálisis*. No. 1, Ed. Ausonia, 1986.
- ETCHEGOYEN, H. (1986).- *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Bs. Aires, Amorrortu Editores.
- FAIRBAIRN, W. R (1944).- Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto. En: R. Fairbairn, *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Bs. Aires. Hormé, 1966.
- FREUD, S. (1905).- Tres ensayos para una teoría sexual. O.C., Bib. Nueva, T. IV
- (1914).- Introducción al narcisismo. O.C., Bib. Nueva, T. VI

- (1915).- Las pulsiones y sus destinos, O.C., Bib. Nueva, T. VI
- (1920).- Psicología de las masas y análisis del yo. O.C., Bib. Nueva, T. VII.
- (1930).- El malestar en la cultura. O. C., T. XXI. Bs. Aires. Amorrortu editores 1996.
- (1931).- Sobre la sexualidad femenina. O. C. T. XXI. Bs. Aires, Amorrortu editores 1996.
- HEIDEGGER, M. (1927).- *Ser y tiempo*. México, FCE 1952
- HINSHELWOOD, R. D. (1989).- *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Bs. Aires. Amorrortu editores, 1992.
- KLEIN, M. (1946).- Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En: M. Klein, *Desarrollos en psicoanálisis*. Bs. Aires. Hormé, 1967.
- (1952).- Algunas conclusiones relativas a la vida emocional del lactante En: M. Klein, *Desarrollos en psicoanálisis*. Bs. Aires. Hormé, 1967.
- LAPLANCHE, J. PONTALIS, J.B. (1973).- *Vocabulaire de la Psychanalyse*. París. PUF, 1973.
- MERLEAU-PONTY, M. (1945).- *Fenomenología de la percepción*. México. F.C.E.1957.
- MEREA, C.- Teorías del Vínculo. En: *Zona erógena*, N° 28, 1996.
- MOGUILLANSKY, R.- Contribución a la mesa redonda “Relación de objeto y/o vínculo”. *Boletín científico de APdeBA*, N° 1. 1998.
- PACHUK, C., FRIEDLER, R. (coords.).- *Diccionario de psicoanálisis de las configuraciones vinculares*. Buenos Aires, 1998. Ed. del Candil.
- PACIUK, S. (1977).- Actuar, hablar, identificar. *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, N° 56
- (1981).- Melanie Klein: El giro en la antropología. *Rev. Psicoanálisis*, N° 2-3.

- (1984 a).- De relaciones y mediaciones. *Revista. Uruguay de Psicoanálisis* N° 62.
- (1984 b).- El tiempo congelado del muerto-vivo. *Revista Relaciones* N° 5.
- (1985).- Los sistemas de Freud y Klein: represión y escisión. *Revista Relaciones* N° 13.
- (1996).- Psicosis y transferencia. En: Paciuk, S. (comp) *Psicosis de transferencia*. Montevideo. Ed. Roca Viva.